

que acarrear padre e hijo y que, parece ser, confundida con tanta miseria no podrá siquiera unirles, llevarles a una situación de esperanza, ofrecerles algún afecto posterior.

Un llano demasiado grande

Las reformas agrarias siempre son interesantes. Las suelen hacer los gobiernos revolucionarios o los demócratacristianos disfrazados de socialistas. Pero nunca son justas. Por ejemplo, en *Nos han dado la tierra*, un relato corto, Juan Rulfo habla de qué clase de tierra suele darse a quienes nunca han tenido tierra. Es más un figurón, o sea una cuestión de diarios, de sensacionalismos, de parlamentos. Nunca se da una tierra para vivir, un lugar para que crezcan las nuevas generaciones al amparo del agro y de las monedas, sino un lugar seco y aburrido, un llano demasiado grande para poderle convertir en un hogar y un medio de vida. Son cosas de la historia. Sucedió lo mismo en Crimea.

«Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros». Allí está la tierra que el gobierno regala, al otro lado del río, al otro lado de cualquier camino, al otro lado de la vida. No valen las súplicas, las intercesiones. El delegado del gobierno advierte: «—No se vayan a asustar por tener tanto terreno para ustedes solos». Se le replica: «—Es que el llano, señor delegado...» El gubernamental concede: «—Son miles y miles de yuntas». Se le argumenta: «—Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer un buche hay agua». El poder manifiesta: «—¿Y el temporal? Nadie les dijo que se les iba a dotar con tierras de riego. En cuanto allí llueva se levantará el maíz como si lo estiraran». Se contraataca: «—Pero, señor delegado, la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se entierre en ésa como cantera que es la tierra del Llano. Habría que hacer agujeros con el azadón para sembrar la semilla y ni aun así es positivo que nazca nada; ni maíz ni nada crecerá». Ordena el mandatario: «—Eso manifiéstelo por escrito. Y ahora váyanse. Es el latifundio al que tienen que atacar, no al Gobierno que les da la tierra». El diálogo, casi para besugos, nos recuerda infaustas situaciones de tiempo atrás en esta España rudimentaria, cuando las épocas del Instituto Nacional de Colonización, después Iryda, o las luchas de los jóvenes con el Icona, a quien alguien llamó «fabricante de desiertos», y, desde luego, nos muestra una especial geografía de la miseria y de la iniquidad. Regalar tierra que no sirve para nada no parece que sea una buena acción, como tampoco lo es regalar mares repletos de tiburones para hacerse un palafito. A lo mejor Cárdenas dio mejores tierras a los campesinos, pero lo cierto es que la tierra no es de quien la trabaja sino de quien la posee, y sólo se poseen tierras buenas cuando existe dinero para pagarlas. Las demás son cosas feas y sucias, arenales sin horizontes, rincones sin sol. Así es fácil hacer revoluciones y predicar honestidad. Pero sólo es demagogia barata, humillación impenitente, burla deshonestas. Lo que sucede es que los gobiernos, o sea las personas que llegan a los gobiernos, suelen pensar que los ciudadanos piden demasiado, no se conforman con nada, nos quieren hundir, etcétera. Bonitas son las frases preparadas para los discursos, bonitos los gestos, los trajes, los desfiles, los cantos patrióticos, los rótulos de los ministerios. El pueblo seguirá siendo pueblo (véase la pobreza y

drogadición en la rascacielosa Nueva York o en la neblinosa Londres, dos ejemplos de prosperidad y democracia). Jo, ¡cómo atacamos! Así es de sencillo todo. Méjico ha sido un país maravilloso, y ha sido el refugio de regímenes corruptos, como lo ha sido Rusia y lo son Paraguay y Chile. De poco sirve negarlo, ni siquiera por afinidad cultural o por estímulos ideológicos. Déspotas han sido Stalin y Trujillo, y el que diga lo contrario es un cerdo.

Mientras suceden esas menudencias, o sea el Kremlin repleto de cubiertos de oro, los campesinos mueren de hambre en la helada Siberia y en yérmica zona del Llano mejicano. «La tierra que nos han dado está allá arriba». O sea encima del río, encima de los caminos, encima de cualquier atisbo de vida. ¿Con qué construir una casa, iniciar una vida? Con nada. El viento, sólo el viento está cerca, para acariciar los lomos deshojados de quienes caminan arrebatados y convulsos. Se les ha ofrecido una tierra y encuentran un pedregal. Se les ha dado una porción grandísima de llano y no ven ni un lugar para cavar una sepultura. Esa es la historia. Siempre, ésa es la historia. La clase media pagando impuestos, la clase alta refugiándose en el propio Estado para no pagar nada (fundaciones, queridas, bonos del Tesoro, etcétera), la clase baja, los pobres, muriéndose en cualquier camino. Sin agua, sin calor.

Dice Rulfo: «Ahora los ladridos de los perros se oyen aquí, junto a nosotros, y es que el viento que viene del pueblo retacha en la barranca y la llena de todos sus ruidos».

Buen conocedor de la miseria, Extremadura al fondo, Juan Quintana me hablaba de Rulfo hace doce años. Hoy no sé dónde está Quintana, pero Rulfo está ahí, o sea con los pobres, con los desheredados, con aquellos a quienes los gobiernos benéficos regalan las tierras que no sirven para nada, ni siquiera para que los yanquis hagan en ellas pruebas de nuevos ingenios, porque están demasiado lejos de Washington, más cerca está Hanoi, pero ya no les dejan entrar.

Historia de otra muerte/¿por qué?

El principio es el fin, dicen los venecianos, y si no lo dicen, podrían decirlo. Bueno, al principio hacíamos alusión a las palabras de Carlos Fuentes en «El País», un periódico de Madrid, para quien no lo sepa. Al hablar de la función de la novela, Fuentes decía que «la voz narrativa contribuye a que seamos sujetos activos y no objetos pasivos de la historia». Es más fácil lo primero, pero los sociólogos pensamos que es preciso, imprescindible, el mantener una actividad activa en cualquier momento de nuestra vida, ya que las vidas individuales no hacen más que configurar una existencia colectiva más amplia, y esta existencia es la que hace posible que la historia se vaya configurando. Lo que sucede es que a veces las cosas suceden de manera diferente a como uno quiere que sucedan; de ahí tantos fracasos, tantos derrumbes, tanta indecisión. Por ejemplo, en el relato *¡Diles que no me maten!*, el escritor Juan Rulfo nos habla de una historia terrible, como son todas las historias que tratan de ese tema, o sea, la historia de una muerte, bueno, de dos, porque el que va a ser matado era, a su vez, matador de otro, que no debería haber muerto, salvo por una cuestión tan imprescindible como es la de poder pervivir en este universo de quimeras, violencias y otras tragedias habitualmente disimuladas. En pleno franquismo, una

locutora decía en la «tele»: «La manifestación de ayer transcurrió sin mayores problemas ni incidencias», y a continuación decía: «Lista de heridos y detenidos en la manifestación de ayer... (tres minutos de nombres y apellidos)».

¡Diles que no me maten! es la historia de una muerte, digo violencia. Violencia por parte de un ganadero que ve cómo su ganado muere de sed mientras que el agua corre cerca, y decide solucionar el asunto de manera sencilla, o sea, dando muerte al ganadero que impide que su ganado beba agua. Violencia por parte del militar que, padre del asesinado, decide tomar su justicia y dar un escarmiento al matador. Total, una historia de malos. Entremedias, como suele decirse en La Mancha, aparece Justino, el padre del matador del padre del militar. El sentenciado pide a su hijo que interceda, pero el hijo piensa que vale más su vida que la de su progenitor, e intercede poquito. Luego, el sentenciado le dice al sentenciador: «Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!» Pero el militar, o coronel, dice que sí, que le maten. Fin.

Una tonta herencia

En el artículo citado, Fuentes decía que «no es necesario ser escritor para tener una opinión política. Todos somos ciudadanos. Y la condición para hacer respetar nuestras ideas es respetar las de los demás». Esto es algo que no se suele llevar, sobre todo si los demás son negros, albañiles o de derechas. Hasta la gente de derechas tiene ideas buenas. Pocas... pero las tiene. (La frase anterior es puro racismo nazi y ultraviolento, perdón.) Lo que sucede es que la pobreza hace las cosas más difíciles, más ingratas. Hay herencias que son bastante tontas, por no decir malvadas. Así, los desheredados del norte de México quieren irse más al norte, a la zona gringa, Tejas y demás, suponiendo que allí está su futuro, su existencia. No suele estar. A lo más, un trabajo de jornalero o de enterrador mal pagado. Esos mejicanos no son ni ciudadanos, poco respetados por sus semejantes, se convierten en carne de cañón cuando desean buscar un lugar bajo el sol de la prosperidad en que limitar tantas calamidades. Es la historia de los chicanos, aquellos mejicanos que llegaban a California, generalmente de forma ilegal y conducidos por «coyotes» (mejicanos que tenían en este tráfico su medio de vida) desaprensivos, donde se les ofrecían los peores trabajos y la peor condición social, en medio de discriminaciones de todo tipo. El movimiento chicano, hoy organizado, está logrando importantes concesiones del gobierno yanqui, pero tiempos atrás ni siquiera su símbolo, la Virgen de Guadalupe, era capaz de dotarles de esperanza, menos aún de una dignidad y un cobijo. Era la herencia de la calamidad, de la miseria, del abandono, que rompió las barreras de su esclavitud el 16 de septiembre de 1965 cuando César Chávez se enfrentó a los Estados Unidos al grito de «¡Huelga!», en lucha contra el mal trato y las condiciones inhumanas en que los chicanos habían coexistido con sus vecinos yanquis.

Paso del Norte es un relato rulfiano sobre la pobreza. Historia sencillamente humillante: un hijo se queja a su padre de que le haya nacido y le haya dejado en el abandono, le recuerda cuando fue a presentarle a su futura esposa y el desprecio por la elegida, le habla del fracaso de su trabajo («la semana pasada no conseguimos pa